


22101977964



LA RÁBIDA

16

ATENEO DE MADRID

LA RÁBIDA

CONFERENCIA

DE

D. RICARDO BECERRO DE BENGOA

pronunciada el día 21 de Diciembre de 1891



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, núm. 20

1892



Señoras y señores:

Hace poco tiempo nos encontrábamos varios amigos en una de las playas de los alrededores de Huelva, que lleva el nombre de Punta Umbría. Era la hora del anochecer, y allá, al Poniente, los últimos resplandores del sol, aclarando el cielo y dando mayor relieve á la colosal silueta del Océano, ponían ante nuestros ojos el admirable cuadro de lo que fué durante muchos años entrada del mar temido y tenebroso, y ruta, no explorada, de lo desconocido. Sin querer, al contemplar aquellos horizontes, acudió á nuestros corazones la misma idea que debió agitar siempre á los de los marinos onubenses, la idea de si era posible que el cuerpo, la vela y el remo pudieran seguir al pensamiento más allá de aquel cielo, para avanzar hacia aquel otro que el sol iba á alumbrar, y para descubrir y recorrer los mares y las sierras que bajo él se dilataran. Hoy, la solución del problema es un hecho, conocido ya desde fines del siglo xv; pero ayer, durante muchas centurias, semejante propósito, en tantos pechos animosos nacido y acariciado, fué, si no un imposible, una em-

presa mil veces malograda. Impulsados por el aliento investigador del espíritu humano, que surge poderoso siempre ante lo grande y desconocido, pensaron en todos tiempos los marinos de aquellas costas, como pensábamos nosotros, viajeros curiosos, en Punta Umbría, al sentirnos maravillados ante el inmenso mar que debió ser, desde un día feliz, el camino de las Indias Occidentales; y por aquel natural impulso que allí se siente, movidos por la irresistible fiebre del avance hacia lo desconocido, lanzáronse al mar en sus endebles carabelas hijos de Huelva tan animosos como el insigne Alonso Sánchez, y los Pinzones y Pedro Velasco, de Palos, y Pedro Vázquez.

Al volver la vista, desde la línea de los horizontes en los que el sol se pone, hacia aquellos de la tierra gaditana por donde con tantos esplendores nace, saludamos en una altura á la que desde lejos parece blanca paloma, á la reducida iglesia de La Rábida, que allí, en un extremo de la tierra, colgada sobre el mar, aparece como nido y cuna amorosa, de la cual salieron el hombre inmortal y los animosos compañeros que dieron al mundo viejo la compañía, la vida y los tesoros del Nuevo Mundo. De veras os digo, señores, que si ante la vista del mar, que es el camino de la América, se siente el ánimo sobrecogido, siéntese grande y levantado, gozoso como cuando se vislumbra la casa de nuestros padres después de larga ausencia, al descubrir en la altura el modesto santuario, cuyo renombre es universal, y que para los españoles simboliza una gloria, de la que todos somos partícipes, razón bastante para que nos consideremos unidos á La Rábida çon el calor y con el amor con que á todo hogar querido nos sentimos atraídos.

Pues que visité y dibujé aquel santuario, me ha parecido oportuno y un tanto curioso para los que lo desconozcan el escoger su descripción como asunto de una conferencia colombina, al ser invitado á tomar parte en las que aquí se dan en honor al recuerdo del descubrimiento de América; y me he atrevido á ello por el ánimo que con sus benévolas excitaciones me infundieron mis queridos maestros, amigos y compañeros en el Parlamento, D. Manuel Pedregal y D. Gumersindo de Azcárate, y ante la buena acogida que el propósito de estos señores mereció al dignísimo Director de estos trabajos del Ate-

neo, D. Antonio Sánchez Moguel, á quienes envío el testimonio sincero de mi reconocimiento.

Para que me sigáis con facilidad en la excursión que vamos á hacer por aquellos históricos parajes, voy á dibujar en el tablero, rápidamente y mientras hablo, el croquis de la ría de Huelva, mapa necesario en esta conferencia para ahorrar palabras, ganar tiempo y facilitar la comprensión. *(El orador traza el croquis de los contornos de Huelva*, *diciendo al diseñar los detalles del conjunto):*

Aquí está Huelva, á la que llamaron los antiguos *Portus maris et terræ custodia*, detrás de la cual asoman, viéndose bien desde el mar, las colinas ó cabezos de Roma y de la Horca; por el N. baja el canal de Gribraleón, y hacia el E., multitud de riachuelos ó cauces forman el canal de este pueblecito, de Aljaraque, y diversos esteros y marismas que bajan por los canales de Mojarrera y de la Punta Umbría al Océano. El gran río Odiel constituye lo que pudiéramos llamar puerto de Huelva, cubriendo también sus aguas la gran marisma que se extiende por el SE. hasta la punta del Sebo, para unirse con las del afamado río Tinto, que en esta zona se llama asimismo Canal de Palos. Aquí está, en efecto, sobre la orilla izquierda, la memorable población de Palos, y bastante más al N., sobre la misma ribera, la villa de Moguer. Ambos canales, el del Odiel y el del río Tinto, se unen al pie de esta colina, donde se asienta el convento de La Rábida. Separa á la colina, de las que más al Mediodía avecinan al mar, una profunda cañada, por donde bajan las aguas del estero de los Frailes ó de Domingo Rubio, y en el extremo de los arenales que quedan al otro lado, al pie de La Rábida, álzase la vetusta Torre de la Arenilla, tugurio miserable del cuerpo de Carabineros y rincón costero plagado de víboras. Allá, traspuesto el gran canal, se ve la hermosa isla de Saltés, con abundancia de arbolado, y más allá avanzan las arenosas dunas de Punta Umbría, donde los mineros de Riotinto tienen establecidos sus *chalets*, hospitales para los enfermos y convalecientes, y donde hay una hermosa playa balnearia. Más abajo de Punta Umbría y de Saltés se extienden los bancos del Manto, dejando entre ellos abiertos algunos pasos, barras y canales. La principal salida de la ría

sigue al SE. la dirección de la costa de Castilla ó de Arenas Gordas, por el canal del Padre Santo. Al O. de todo el panorama caen Cartaya, Lepe, Isla Cristina, Ayamonte y Portugal; al E. Lucena, Almonte y la provincia de Sevilla, y al N. San Juan del Puerto, Gibraleón, Trigueros y Niebla. Por la orilla del Tinto sube el ferrocarril de las famosas minas, y en varias direcciones salen de Huelva hasta otras cuatro vías férreas que la tienen perfectamente servida.

La excelente posición y el abrigo que esta ría ofrecieron siempre á los marinos y las extraordinarias riquezas naturales del país, hicieron á éste afamado desde una fecha que, sin exageración, se remonta á treinta siglos. Huelva, con sus minas, fué en tiempo de los fenicios la América para aquellos navegantes, como América fué el ideal de los negocios y de la riqueza para la gente de mar de Huelva, Sevilla y Cádiz desde la época en que salió Colón del puerto de Palos.

No puede negarse que la posición del promontorio de la Rábida, dominando la entrada de un puerto, pudo desde los primeros tiempos llamar la atención de la marinería, y que siempre debió haber allí una mansión de aviso de señales de defensa, un fuerte, una casa de vigía ó un templo dedicado á algún genio protector de los navegantes. El sitio, á la verdad, lo está reclamando, é instintivamente el hombre lo ha aprovechado, al través de todas las épocas.

Ningún rastro histórico formal queda de lo que pudo haber en la Rábida y su comarca en los primitivos tiempos de la población de España, á no ser las derivaciones de los nombres ibéricos que se dieron á la comarca, á los ríos y á los pueblos, y que, como tantos otros, han resistido á la acción destructora de los siglos. Aquella región de la Iberia se llamó *Tartesia*, variación de las palabras ibéricas ó éuskaras *Tartaquia*, carrascal, ó *Artelesia*, alcornocal, y era una de las zonas de la más amplia comarca denominada *Turdetania*, esto es *Urde-zainia*, «Porqueros» ó «país de los porqueros», cuyos nombres característicos bien pueden aplicarse aún á las sierras y habitantes del norte de Huelva y de toda Extremadura, á pesar de los tres mil cuatrocientos años que por lo menos han transcurrido desde que vivían allí los primitivos pobladores, quienes también denomi-

naron *Urión*, «Agua saludable» al actual río Tinto; y *Luz-turia* ó *Lucía* «Río ancho» al actual río Odiel; é *Ilipa* «Pueblo de abajo» á la población que hoy se llama Niebla. Aquél país tartesio, donde se hallaba Tharsis, encuéntrase citado por sus riquezas naturales en la Biblia y en los poemas griegos; y la historia de tan remotos tiempos consigna que cuando llegaron los navegantes fenicios, para comerciar con el cobre de aquella comarca y para establecerse después en ella y alzar en la isla de Saltés un templo al dios Hércules, era jefe de la gente indígena tartesia un patriarca llamado Argantonio. No dejó el puerto de Huelva, la *Onuba Aestuaria*, de ser visitado sin cesar por los navegantes de los grandes pueblos comerciales del Mediterráneo, ni de tentar la codicia de la dominación de cartagineses y romanos. Estos últimos fomentaron considerablemente la minería en los inmensos criaderos de la provincia, desde el Urium y el Luxia al Estrecho y del Estrecho á Roma, pasaron á millares los buques, desfilando al pie del promontorio famoso de La Rábida. ¿Cómo se llamaba entonces? No se sabe. ¿Qué establecieron con él los fenicios y los romanos? Tampoco puede asegurarse nada, sino es que la tradición ha consignado en los libros viejos que los dominadores del mundo erigieron allí un templo en recuerdo á Proserpina, hija de Trajano. Á la época de la dominación árabe corresponde el primer dato positivo que aun se conserva, acerca de este lugar famoso, porque los árabes le dieron el nombre que lleva y llevará siempre: RÁBIDA. Así denominaron á las fortalezas-santuarios, ó monasterios habitados por religiosos armados, por morabitos; y *Rábidas* ó *Rápitas* hay en Antequera, en Canillas, en Albuñol á orillas del mar, en Alcalá la Real, de Jaén, y en San Carlos. Rabhita es el Morabito, ó ermita y casa fuerte á la vez. Supónese, avanzando en la historia, que en la vanguardia de los ejércitos cristianos de la Reconquista, que se apoderaron de la comarca de Huelva á principios del siglo XIII iban los caballeros Templarios, y que á ellos se dió el dominio de aquel santuario fortificado. Otra legión pobre y conquistadora, que en aquellos tiempos se esparcía por los pueblos civilizados, la orden religiosa de los frailes Menores de San Francisco, tomó posesión de La Rábida á mediados de dicho siglo,

y desde entonces la poseyeron por espacio de seis centurias.

Ni los romanos, ni los árabes, ni los cristianos erigieron allí un templo suntuoso, ni una gran vivienda; La Rábida debió ser siempre, algo así como lo que es hoy, poco más que una ermita. El viajero curioso que acude á Huelva para visitar el histórico monumento, ya se dirija á él por tierra desde Moguer y Palos, ó ya se marche desde el puerto, ría adelante hacia el pobre embarcadero que está al pie de la colina, ve desde lejos el conjunto del monasterio, completamente blanqueado, sencillo en sus líneas, breve en su contorno y humilde en su total apariencia. Las grandezas que la imaginación pudiera forjar al figurarse desde otras tierras lo que debiera ser La Rábida, se eclipsan ante la desilusión que la realidad produce. El histórico monumento es «una monada», permitidme la frase; en su aspecto nada puede darse más reducido, en su arte exterior nada más pobre, en sus alrededores nada más mustio y desolado, y realmente en su interior nada más diminuto y vulgar, según está ahora. Añadid á esto el abandono, el silencio, la soledad, el aparente apartamiento del mundo en que aquello yace, y tendréis idea de la desilusión de que os hablo, y que, en efecto, allí se siente. Sin embargo, los recuerdos históricos excitan al ánimo y al corazón ante aquella ruina, y tanto cuanto más humilde es, tanto más de relieve, más grande y más elocuente aparece el hecho grandioso de la llegada y acogida del humilde y pobre Cristóbal Colón y de su hijo, y tanto más providencial la intervención que en su suerte tuvieron aquel viaje y los humildes y pobres frailes de San Francisco. No se cansa allí el espíritu de meditar acerca del contraste que forman la miseria de aquel santuario con la trascendental grandeza de lo que en él ocurriera un día. Rotas y desvencijadas están las paredes y sus cierres, arruinadas las dependencias, desiertos sus claustros, cubiertas de polvo sus celdas, desportillados sus techos, blanqueado mucho de ello á estilo de vivienda meridional, y mal ornamentada su iglesia á modo de ermita de aldea; asolada se ve su huerta, que es, como todos los alrededores, un yermo, y sólo se alza en ellos, entre la colina y la playa, una veterana y gentil palmera, que el buen deseo supone contemporánea de los días de Colón, y cuyo airoso perfil, coronado por

los arrogantes penachos de sus ramas plumiformes, constituye el único encanto, el único detalle artístico y poético de aquellos alrededores. Algún olivo vetustísimo y ligeras masas de arbolado se levantan en la ribera del Tinto, mientras que por el lado opuesto, sobre el páramo que se dilata desde la cruz de piedra hacia Oriente, nada hay apenas de vegetación, sino las arenas de aquel suelo de aluvión cubiertas con espontáneas plantas rastreras. Ni siquiera dan variedad y hermosura al cuadro aquellos pinares que aun existían en 1828, cuando Washington Irving visitó el santuario y cuando aseguró que «desde las viñas de Palos quitan la vista al convento el bosque de pinos y cubren todo el promontorio por el lado de Levante, oscureciendo el paisaje en esta dirección».

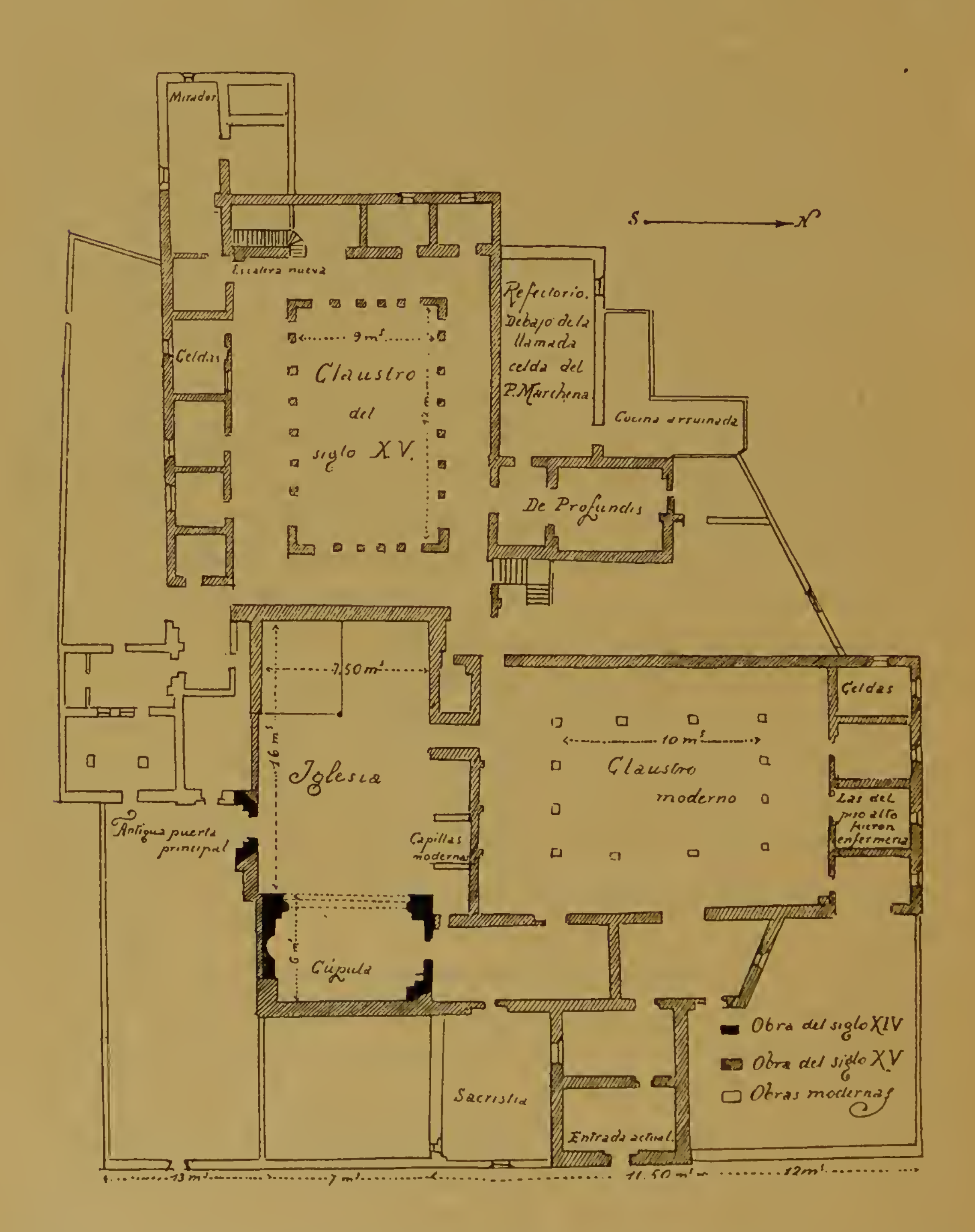
La pequeñez del templo me recordaba las de otros afamados mucho más antiguos, que visité en diversas excursiones, como por ejemplo, el latino de Naranco, en Oviedo, y el románico de Arbás, en la subida leonesa del puerto de Pajares, construcciones microartísticas, dentro de cuyas bóvedas apenas caben de dos á cuatro docenas de personas. No hay espacio seguramente en la iglesia de La Rábida para cincuenta fieles, y en sus celdas apenas había comodidad para veinte religiosos.

Veamos qué disposición tiene aquél afamado convento. Seguidme para ello en el trazado que voy á hacer, mientras lo explico, y así fácilmente lo podréis comprender y resultarán completos, aunque muy sencillos, el plano de La Rábida y su descripción, tales cuales son hoy, antes de que la obra se restaure.

(El orador dibuja detalladamente la planta del edificio, explicando uno por uno todos sus compartimientos.)

Sobre una línea de fachada al Oriente, de poco más de cuarenta metros de longitud, se abre la entrada actual con una puertecita revocada, de arco rebajado, ante la cual pintan todos los artistas la escena de la llegada de Colón y de su hijo. Del portalito primero se pasa á uno posterior, en el que se abren, á la izquierda, la ventana de la sacristía, y al frente, cerca del rincón derecho, la puerta de paso al claustro, que tiene en éste otra puerta de arco trilobado. El primer claustro, que es el moderno, y cuyo claro interior, cuajado de plantas, tiene unos

diez metros de lado, está sostenido por postes de madera, y sólo á la parte del N. tuvo cuatro celdas en sus dos cuerpos bajo y alto, destinándose las de éste á enfermería, y sirviendo la última de las de aquél de cocina en la actualidad. En la galería



baja de la izquierda hállase el ingreso á la iglesia. Forma ésta un rectángulo de 22 metros de longitud, por 7,50 de anchura, y recibe luz por los óculos de una linterna ó cúpula que cubre al presbiterio. Frente á la entrada avanza, cortando el paso hasta

la mitad de la nave, desde la pared opuesta, una separación que sostiene al coro, y en su ángulo de soporte existe una columna de piedra, con postizo capitel, de rarísima labor, traído tal vez á esta iglesia de las ruinas de alguna otra, y colocado allí cuando modernamente se hizo aquella fea división. En el muro del Evangelio se abren tres capillitas modernas y en el presbiterio dos; en una de las cuales, en altar moderno y ruin se venera la imagen de la Virgen de La Rábida. Desde el mismo presbiterio se pasa por la izquierda á una pieza que da á su vez ingreso á la sacristía. Tiene la iglesia hacia la mitad del muro de la epístola una curiosísima puerta de traza mudéjar, que era la antigua principal que hoy da al espacio limitado por una tapia, que encuadra el edificio por la parte meridional, cerrado por otra puerta moderna almenada, que completa la línea de la fachada.

Cuando esta puerta con sus dovelas y sillares se restaure, será uno de los detalles más típicos y curiosos del edificio. Por ella entró en la iglesia Washington Irving, en 1828, según su referencia. *(El orador dibuja la puerta.— Véase en la portada y en la página* 24). Lástima grande fué el que así como se dió tanto carácter á este detalle arquitectónico de la iglesia, no lo tuvieran asimismo las otras puertas, los arcos de la nave, y algunas de las líneas del exterior, que pudieran ofrecer siempre el sello típico de aquel arte tan elegante y tan propio de esta comarca. Bien puede asegurarse, pues, que la puerta que da al mediodía y que antes fué la principal de la iglesia para el público, y el claustro primitivo, son las dos curiosidades especiales del convento. Desde el primer claustro se pasa al segundo, que está colocado tras de la línea de los pies de la iglesia y en el mismo eje lineal que ella. Es rectangular, de doce metros de largo y nueve de ancho en su claro, formado por lindas columnas mudéjares con sencillos capiteles, y cuyo aspecto es lo más atrayente y simpático que La Rábida tiene. Sobre sus naves ó galerías bajas se alzan otras más modernas. Ábrense siete huecos en los lados N. y S. y cinco en los otros dos. En el del N., al principio de él, está la escalera del piso superior, inmediato el *De Profundis*, y ocupando el resto de su línea el refectorio, capaz para cuarenta comensales. En las galerías

bajas del Sur y Poniente hay ocho celdas y el acceso á una escalera nueva, que conduce á la azotea ó mirador moderno, del ángulo sudeste del edificio, que da sobre la ría y á las celdas superiores. Entre las del N. se abre la que se denomina del Padre Marchena, amplia y con techo armado de viguería poligonal á estilo del siglo XV. Unida al refectorio estaba la cocina, que se arruinó, y delante de la línea meridional de la iglesia se alzaron modernamente algunas dependencias, formando una especie de martillo, destinadas á almacenes ó graneros. Todo este irregular conjunto se halla cerrado ó completado con tapias, que aprovechan los ángulos de la construcción, y forman entre éstos y aquéllas, diversos patios en la fachada; tras del claustro moderno, y cocina, y ante la iglesia, y celdas del claustro viejo. No queda de la primitiva construcción franciscana del siglo XIV más que los muros de sostén del presbiterio, y los de la puerta principal de la iglesia; todo lo demás corresponde al siglo XV en la mayor parte, y á las reparaciones ó adiciones realizadas hasta el XVIII inclusive, el cierre de la sacristía, los soportes del claustro primero, la cocina y muros exteriores del refectorio, el mirador de la galería de arcos, y los almacenes. De nuestro siglo son las tapias que lo circundan casi en totalidad. En su esencia la obra es del arte mudéjar, del cual tantos y tan curiosos ejemplares hay en toda aquella comarca de Huelva y Sevilla, que pregonan las excelencias del gusto heredero de los árabes y de los cristianos, y en el cual con tan exquisito ingenio proyectaron los alharifes y trabajaron los maestros de froga y los carpinteros de lo blanco, geométricos laceros y no laceros, que en el artesonado y alfargería siguieron las tradiciones de los insignes maestros Sancho Ruiz y Diego Ruiz.

Elevaron los cristianos este santuario en honor á la Virgen María, bajo la advocación de Nuestra Señora de los Milagros. Consérvase como resto curiosísimo para la iconografía nacional, la primitiva imagen de esta Virgen. Es una escultura en alabastro, que corresponde al primer período ojival, esto es, al de la instalación de los franciscanos en La Rábida. Mide cerca de sesenta centímetros de altura, y está representada en pie, sobre un pequeño zócalo toscamente ornamentado. Cubre la

cabeza de la imagen un manto, que como todo el ropaje, estuvo floreado de colores y oro, y cuyo cerco delantero deja ver sobre la frente el cabello partido por medio y ondulado. Los pliieguecitos del velo caen con gracia por ambos lados del rostro y van á recogerse por delante del pecho, hacia la cadera izquierda, en torno á las piernas del niño Jesús, que la virgen sostiene sentado sobre el brazo, cogiéndole con la mano izquierda. La derecha está tendida sobre el ropaje y como apoyándose sobre el muslo. El descote de la túnica deja ver el cuello y el nacimiento del pecho, y por la línea inferior del manto baja la túnica en duros pliegues hasta el suelo, cubriendo el pie izquierdo un tanto echado hacia atrás, y sobre el que aparenta gravitar el peso del Niño, y dejando descubierto el pie derecho, que avanza un tanto sobre la línea del zócalo. El rostro de la Virgen es muy grande en proporción al cuerpo, así como la cabeza del Niño, detalle muy típico de las esculturas de aquel tiempo. La expresión es simple y de cristiana candidez, pero más artística en la Madre que en el Hijo, cuya cara y cuyo encogido cuerpo no parecerían del mismo cincel que los de aquélla, si no estuvieran esculpidos en el mismo trozo de mármol. Toscas como las líneas que dan fisonomía á ambos, son las manos, grandes también y de enormes dedos. El Niño levanta su mano derecha en actitud de bendecir y en la izquierda tiene la bola de rúbrica.



(El orador, mientras hace esta descripción, dibuja la Virgen, y traza después sobre ella las vestiduras que la cubren ahora.)

Así debiera haberse conservado siempre esta afamada imagen, pero la manía de revestir las esculturas con doradas y churriguerescas telas, que es tan general en España, alcanzó también á la de La Rábida, y he aquí como al presente se encuentra disfrazada. Amplio manto de floreado tejido de tisú la cubre casi en totalidad, dejando ver el rostro y la túnica y falda, el espa-

cio abierto de aquél, que limitan onduladas puntillas. Llevan la Virgen y el Niño sendas coronas modernas de plata y circunda á ambos, casi desde medio cuerpo arriba, el consabido flamígero limbo argentino, con imitación de grandes brillantes y rayos. Delante de los pies levántase la media luna con la cifra de María en el centro y con una estrella en cada pico, y zócalo é imagen descansan en otro zócalo ó basamento de madera, á los lados del cual se sientan dos angelillos con palmas en las manos. De la derecha de la Virgen parte un ramo de azucenas. Para vestir á la Madre no hubo más que hacer, sin duda, que rodearla de estos postizos ropajes, pero no fué tan afortunado el Hijo, porque para que le cayera bien su vestido hubieron de aserrarlo por la cintura, profanación que ya he visto realizada en otras imágenes semejantes. Así vestidas, contra lo que el arte de todos los tiempos requiere y contra el gusto piadoso de los cristianos y de los escultores románicos y góticos, he encontrado muchas Vírgenes, de piedra, de madera y de pasta, y entre ellas recuerdo ahora las históricas imágenes de Badajuen, en Aramayona; de Estibaliz, en Villafranca de Alava, y de la Esclavitud, en la Catedral de Vitoria. Un detalle, una exigencia de primer orden en la restauración de La Rábida, será seguramente el de dejar esta Virgen en su altar, en la misma forma y modo en que salió de las manos de su autor, cuando en los días de la Reconquista, hace seis siglos, se trocó el Morabito de La Rábita en monasterio cristiano de la Virgen.



Cuando ya el arte mudéjar había dado nueva traza, bastante amplitud y artísticas formas al convento franciscano, al mediar el último tercio del siglo xv, llegó á La Rábida Cristóbal Colón, que entonces contaba cuarenta y ocho años de edad, con su hijo Diego Colón y Moñis de Palestrello. El convento de La Rábida no estaba en el camino de ninguna parte. ¿Por qué fué

Colón á él? Por lo mismo que acudían otros muchos pobres caminantes á las puertas de los conventos; porque no tenían otro refugio á que acogerse. Colón desde Portugal, cansado de ofrecer sus proyectos al Rey en Lisboa, se trasladó á España con su hijo, llegó embarcado á la ría de Huelva, con ánimo de visitar en esta capital á su cuñado Muliar y de proseguir su viaje á la corte de España, que se hallaba en Córdoba, pero hubo de tocar de arribada en el puerto de Palos la nave que le conducía. A pie, sin equipaje y sin dinero, aquel hombre no debió encontrar en Palos un asilo abierto en el cual poder descansar, y cuando contristado levantó sus ojos para fijarlos en el cielo, halló en el camino, en una altura, la consoladora vista de un monasterio, hacia el cual, instintivamente, y para suerte y gloria suya y de España entera dirigió sus pasos. Subieron por la ladera arriba los dos futuros Almirantes del Océano, padre é hijo, y al llegar á la puerta del monasterio, pidió el hombre á los frailes pan y agua para el niño. A cambio de aquella limosna, muy pronto ya no debería ponerse el sol en los dominios de España. Habitaban en La Rábida, entre otros franciscanos, dos de ellos llamados Fr. Juan Pérez el uno y Fr. Antonio de Marchena el otro; cuyos dos personajes han venido confundiéndose en uno solo, que el error ha denominado Fr. Juan Pérez de Marchena, sin que casi hasta nuestros días se haya vulgarizado la verdad, cuando desde que en 1827 publicó el sabio D. Martín Fernández de Navarrete sus estudios sobre Colón y América, se conocía la carta que los Reyes Católicos escribieron á Colón en 5 de Septiembre de 1493, antes de que emprendiera su segundo viaje, y en la cual le decía: «Nos parece que sería bien que llevásedes con vos un buen estrólogo, y nos paresció que sería bueno para esto Fray Antonio de Marchena, porque es buen estrólogo y siempre nos paresció que se conformaba con vuestro parecer.» Ambos religiosos acogieron á Colón y á su hijo con amorosa solicitud, y al darle hospitalidad oyeron de sus labios el objeto que le traía á España. Era Fr. Juan Pérez confesor de la Reina Católica, y Fr. Antonio de Marchena era astrólogo, como ya queda dicho, de modo que Colón fué á dar, no con dos personas vulgares, sino con una que por su saber era consejero espiritual de los Reyes en la tierra, y con otro que

por sus conocimientos estaba versado en los secretos de las maravillas del cielo. Le oyeron, le comprendieron, le quisieron desde entonces, y allí en La Rábida fué concebido el proyecto que debiera abrir á Colón las puertas de la Corte de España, y á España las puertas de un Nuevo Mundo. Por esto es grande, es memorable, es glorioso el nombre de La Rábida. Los humildes hijos de San Francisco, caminantes descalzos que recorrían el mundo en busca de corazones apenados para consolarlos y fortalecerlos, y en busca de espíritus descarriados para dirigirlos al cielo, vieron un hermano en aquel caminante haraposo, que iba errante por la tierra en busca de un corazón que le diera ánimo y amparo, y en busca de una inteligencia luminosa que se identificara con la suya para enseñar á la humanidad, descarriada en sus derroteros, el camino seguro de un nuevo paraíso terrenal. La estancia de Colón en La Rábida, que empieza siendo un idilio de la caridad, terminó siendo el poema más grande de las empresas humanas. Allí en las celadas del claustro mudéjar, en medio del silencio del monasterio, mientras el niño Diego vagaba por las umbrías del huerto, conversaron el extranjero y los frailes; y de seguro, sobre mugrientas cartas geográficas, mil veces abiertas por la esperanza en Portugal y en otras partes, ante nobles y plebeyos; mil veces explicadas por la fe y la convicción, y mil veces cerradas por el desengaño, sobre los mapas del mar y de la tierra, que el mismo buscador de mundos trazara, discutieron el confesor y el astrólogo con el navegante la posibilidad de ir á la India por un camino más breve que el que los portugueses seguían, y la mayor ó menor certeza de dar la vuelta al mundo. Cuando se visita hoy La Rábida, y se avanza por los silenciosos claustros hacia las celdas altas, finge la fantasía, porque así lo siente el corazón, que allá dentro, tras de la reducida puerta de una de ellas, se oye el rumor de animada polémica, y que las voces que se escuchan son las del glorioso navegante y la del venerable Juan Pérez y la del sabio Antonio de Marchena, y se detiene el viajero, como si, en efecto las oyera, y cuando desaparece la ilusión, no desaparece sino que está allí, vivo, elocuente, conmovedor el escenario real, en que tales polémicas y tales conferencias se realizaron. Aquellos sesudos hombres, no fiándose sólo de sus propias impresio-

nes, desearon asesorarse con la de otro que por sus estudios sería tal vez el más entendido de la comarca, y le mandaron á buscar, para que oyera á Colón. Era aquel hombre el físico ó médico de la villa de Palos, García Hernández, quien oyó admirado á Colón, y se hizo, como los frailes, decidido partidario suyo. Estudiaban los médicos entonces, no sólo la física del cuerpo humano, sino la del universo mundo, en los breves límites en que la ciencia estaba contenida. Sabían de las cosas de la tierra, de las del mar y de las de los superpuestos cielos, y entendían que se enlazaban con las dolencias del organismo y del espíritu todos los cambios operados en los elementos y en las esferas. Eran, cuando se daban al estudio, verdaderos sabios, filósofos, naturalistas y curanderos á un tiempo. García Hernández debía ser de ellos, de la buena escuela que en aquella época hizo brillar á tantos médicos ilustres. Las crónicas de nuestra historia médica recuerdan al *mestre* Juan Alcanys, valenciano, que escribió en idioma lemosino el *Regiment preservatiu é curatiu de la pestilencia;* al médico *morbero* Lucian Colominés, de Palma; á Diego Torres, salmantino; á Pedro Pintor, valenciano, médico de Alejandro VI en Roma, y autor de la obra *Agregator sententiarum de preservatione et curatione pestilentiæ*, que como médico astrólogo señalaba la influencia que sobre la peste tienen los astros, en el caso *de radix superior*, ó la alteración de los cuatro elementos en el de *radix inferior;* y que sostenía también en su libro *De morbo fœdo his temporibus afligenti*, que la enfermedad de la luz venérea, entonces tan desarrollada, era debida á la conjunción de los planetas; al insigne médico físico Francisco de Gibraleón; á los doctores Bodega, Aragonés é Infante; al obispo y médico valenciano Gaspar Torrella, que escribió el *Dialogus de dolore cum tractatu de ulceribus impuden dagra evenire solites;* al salmantino, médico de la Corte, Francisco Pérez de Villalobos, autor del *Sumario de Medicina* y del tratado de las *Bubas;* á Juan Almenar, valenciano, que publicó el *De morbo gallico;* á Luis Lobera, de Avila, y á Luis de Lucena. De los trabajos publicados por estos físicos se deduce estudiaban cuanto las ciencias naturales, la astrología, la geografía y el arte de curar habían reunido en aquellos tiempos, y no es extraño el que en

todas partes se considerase á los médicos reputados como hombres entendidos en las más difíciles averiguaciones, y que si así era, como debía ser, el físico de Palos, García Hernández, le supusieran los franciscanos Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio de Marchena, persona capaz de debatir con Cristóbal Colón, y de ilustrarles á ellos en asunto tan grave como el que el marino genovés intentaba plantear y resolver. El pleito del descubrimiento del nuevo camino de las Indias quedó fallado y ganado en primera instancia en el convento de La Rábida.

Todos conocéis el calvario que recorrió Colón para que este pleito se fallara tan favorablemente cerca de la Corte, como se había fallado en el apartado rincón de la ría de Huelva. Siete años mortales duró su peregrinación por España, siempre animado y ayudado por sus amigos de La Rábida. A Fr. Juan Pérez debió su conocimiento con la Reina Católica, y á la reducida comunidad entera la merced de que su hijo Diego quedara en el convento bien cuidado y atendido, mientras él mendigaba los favores de los que debieran ayudarle en su empresa. Pensando en el desvalido hijo de su alma, Colón no separó jamás su mente del retiro de la Rábida, hasta el día en que partió para su primer viaje. Era señor de aquella comarca D. Luis de la Çerda, Duque de Medina Sidonia, y á su casa de Sevilla se dirigió desde La Rábida para buscar hospitalidad, amparo y apoyo, como en efecto se los dió el noble prócer durante algunos meses, de 1485 hasta principios del 86. Pobre y miserable llegó á Córdoba, en pos de la Corte con cartas de recomendación de Fr. Juan Pérez para su compañero el confesor de la Reina, Fr. Hernando de Talavera, y otras del Duque de Medina Sidonia para Alonso de Quintanilla, Contador mayor de Castilla. Logró hacerse allí con algunos poderosos protectores y amigos, y al cabo fué enviado á que sometiera sus proyectos ante los doctores de la Universidad de Salamanca, en la cual ayudáronle y le defendieron los frailes dominicos, y entre ellos el sabio catedrático Fr. Diego Deza, futuro Arzobispo de Sevilla. Sacó el navegante de su campaña con los doctores muy buenas esperanzas, pero nada más; y volvió á seguir á la Corte, en su eterno y triste papel de pretendiente (1487), teniéndole las gentes por loco en todas partes. Sirvió á los Reyes en estos años

de 1487 y 88 durante las campañas contra los moros para la conquista de Málaga, en cuya época le invitó el rey D. Juan II de Portugal á que volviera á Lisboa para ayudarle en sus proyectos de descubrimiento. Poco después Enrique VII de Inglaterra le invitaba también (1489) á que pasara á su reino, para llevar adelante sus planes. Entiéndese que desde fines del año anterior hasta principios de éste, vivió Colón en Portugal, sin poder entenderse con el Monarca. Siguió después en el servicio de los Reyes Católicos y peleó como animoso soldado en el sitio y conquista de la ciudad de Baza, donde la peste mató á centenares á los sitiadores. No tuvo tiempo la Corte en tanto para oir á Colón, que así anduvo tras ella sin esperanza alguna en 1490 y 91. Sirvió entonces de nuevo á los Duques de Medinaceli y de Medina Sidonia, pasóse algún tiempo sin que se mejorasen sus esperanzas y viendo que los Reyes iban á emprender la guerra de Granada y que no podían pensar en él, se decidió á ir á Francia y entregar su proyecto á aquel Monarca, que continuaba invitándole á que se presentara en su Corte. Y para no ser más molesto á los frailes de La Rábida en el cuidado de su hijo Diego, acordó sacarlo del convento y llevárselo á Córdoba, mientras realizaba su expedición á París. Entonces, al llegar por segunda vez Colón á La Rábida, recibió en este sitio un nuevo refuerzo para su corazón, que fué decisivo en la gloriosa empresa del descubrimiento, y que es digno de figurar en la historia de aquel histórico santuario, con igual importancia con que figura el recuerdo de su primera visita, porque el padre Fr. Juan Pérez, profundamente contristado al ver que Colón iba á ofrecer sus servicios al Rey de Francia, y abrigando la convicción de que el navegante tenía razón en sus pretensiones, le aconsejó que desistiera del viaje y le prometió su decidido apoyo. Como fueron importantísimas las conferencias de 1485 en el convento, lo fueron tanto ó más las que celebraron en 1491 allí mismo, Colón, los franciscanos, los Pinzones de Palos y el médico Garcia Hernández, de las cuales resultó que aquél consintió en quedarse y en solicitar de nuevo el amparo de los Reyes Católicos, mediante la gestión personal de Fr. Juan Pérez, que escribió á la Reina, llevándola la carta y volviendo con satisfactoria respuesta el piloto de Lepe, Sebastián Rodrí-

guez, yendo el mismo Fr. Juan á ver á la Reina, con el apoyo de la Marquesa de Moya y consiguiendo para Colón veintemil maravedises que el médico García Hernández recibió y le entregó, para que se presentase adecentado en la Corte, en cuyas gestiones se pasó el año de 1491, llegando Colón á Granada precisamente en los días en que la ciudad de Boabdil se entregaba al ejército cristiano. Aun tuvo que sufrir mucho el pretendiente, aun volvió á decidirse á marchar á Francia y partió con este fin de Granada, pero las súplicas de sus amigos Luis de Santángel, de Alonso de Quintanilla y de la Marquesa de Moya, decidieron á Isabel la Católica á que Colón realizara su viaje, ofreciendo ella entonces sus joyas, si era preciso, para levantar los fondos necesarios. Hicieron volver á Colón de su camino, comunicáronle la fausta nueva y quedó asegurado desde aquel día el descubrimiento del Nuevo Mundo. Volvió triunfante Colón á La Rábida en ésta su tercera visita y se dispuso la partida en la patria de los Pinzones. Sacó á su hijo Diego del hospitalario asilo, y antes de salir para el Océano lo dejó en Moguer al cargo de dos amigos.

El talismán poderoso de la fe que Fr. Juan Pérez supo infundirle siempre, le mantuvo firme durante tantos años de amargas contradicciones y desengaños; pero fuerza es confesar que otra mágica atracción le retenía unido al suelo de esta tierra española: el amor. Durante su primera estancia en Córdoba había conocido Colón á una dama llamada D.ª Beatriz Enríquez de Arana, la cual supo infundirle honda pasión y de la que tuvo un hijo que se llamó Fernando. Siempre vivió unido á la familia cordobesa, y de ella llevó en su primer viaje al escribano Diego de Arana, primo de D.ª Beatriz, que murió mandando el fuerte de Navidad, en la isla Española, mientras Colón volvía á España; y en su tercer viaje (1498) le acompañó Pedro de Arana, hermano de dicha señora. El insigne genovés encontraba en Córdoba el consuelo de sus desventuras y en el amoroso hogar de D.ª Beatriz, al lado de su hijo, pudo esperar siempre á mejores tiempos, ganando su sustento, ya dibujando mapas y rutas de navegación, ya con la pensión que los Reyes le pasaron, ya sirviendo en el ejército cristiano como animoso soldado. Tuvo siempre encendida su fe con los consejos de Fr. Juan Pérez;

sostuvo su esperanza confiado en las nobilísimas prendas de la reina Isabel y mantúvole en España el amor de la dama cordobesa. Con estos tres clavos, fe, esperanza y amor, que á todos los hombres nos rinden y sujetan, quedó Colón sujeto á la patria española, contra todas las iras que en su pecho levantaran los fiascos y desengaños de sus pretensiones, contra los halagüeños ofrecimientos de los Reyes de Portugal, Francia é Inglaterra, y contra las penalidades de una existencia rayana en la pobreza y mancillada por las insolencias del vulgo que le creía enfermo de locura. ¡Bien haya el amor, puerto de refugio de los pechos más combatidos por las tormentas de la vida, que cuando es fiel y verdadero, conviértese en áncora de salvación, en bálsamo maravilloso y en reparador descanso, que nos salva del peligro, cicatriza nuestras heridas, repone las fuerzas y presta al espíritu nuevos y mayores alientos para dar cima á las más arriesgadas empresas! Al lado de Fr. Juan Pérez y de Isabel la Católica bien pueden la fama y la patria reconocida poner el recuerdo de D.ª Beatriz Enríquez de Arana, sin cuya amorosa atracción tal vez portugueses ó franceses, ó ingleses, se envanecieran hoy de haber dado sus naves á Colón para llegar al otro lado del Atlántico.

Partió Colón del puerto de Palos en aquella mañana y en aquella ocasión, tan magistral y admirablemente descritas en esta cátedra no hace muchos días por nuestro querido compañero el sabio escritor marino D. Cesáreo Fernández Duro, partió, y desde entonces La Rábida no suena en ninguno de los sucesos que se refieren á la vida del Almirante. Los franciscanos de La Rábida, desde las playas del río Tinto unos, y desde el promontorio de la Virgen de los Milagros otros, vieron salir aquella paloma mensajera que el Viejo Mundo enviaba al Nuevo, y pudieron, glosando el nombre de *Colombo*, decir entusiasmados, lo que algunos siglos después dijo un elegante poeta compatriota suyo:

«¡Quel *Colombo* son'io
Stupor d'ogni altro ingegno,
Che con ali di lino, è piè di legno
Volando à nuovo Ciel, col volo mio
De lo Spirto di Dio,
Doue volata ancor non era mai
La *Colomba* guidai!»

Olvidado y sin historia póstuma quedó el convento de La Rábida desde el siglo XVI. Nada hay que contar de él durante los dos siguientes, y si algún viajero curioso lo visitó, no sé que dejara consignadas sus impresiones en parte alguna, hasta que en 1828 lo hizo el ilustre Washington Irving, el autor de la *Vida y viajes de Cristóbal Colón*, y de los *Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón*, que se dedicó á escribir estos trabajos, alentado por el ejemplo y con la ayuda de nuestro sabio compatriota D. Martín Fernández Navarrete, el venerable *palaciano* de Abalos. Emprendió la que él llamó «peregrinación americana», pasando de Madrid á Sevilla y desde allí á Moguer, á Palos y á la Rábida. Visitó en Moguer á un descendiente de Pinzón llamado Juan Fernández Pinzón, á su hermano Luis y á su hijo Rafael; aquel le acompañó á Palos «desde donde se ven elevarse las blancas paredes del convento de la Rábida, en medio de un espeso bosque de pinos.» Subió con él al monasterio, y he aquí parte de la descripción que hizo de él: «Hallábase completamente abierta la puerta y nos facilitó la entrada á un patio interior, desde donde pasamos, por debajo de un arco gótico, á la capilla, sin encontrar alma viviente; después atravesamos dos claustros interiores igualmente vacíos y silenciosos: miramos por una ventana y vimos lo que había sido jardín, pero que ya no era más que ruinas; las paredes se habían caído y no quedaban más signos de cultivo que algunos arbustos y dos malas higueras. Pasamos al través de largos corredores, pero las celdas estaban cerradas y vacías. Por fin, después de haber recorrido casi todo el desamparado local, sin oir más que el eco de nuestras pisadas, llegamos á la puerta de



una celda, que estando medio entornada, nos dejó ver dentro un monje, sentado delante de una mesa escribiendo. Se levantó y nos recibió con la mayor cordialidad, conduciéndonos enseguida á ver al Superior, que se entretenía leyendo en una celda inmediata; ambos eran bastante jóvenes, y ellos, un novicio y un lego formaban la comunidad.» El convento estaba, pues, en ese abandono, y la huerta destrozada, y las paredes caídas en 1828, siete años antes de la expulsión de los frailes y de que la Rábida quedara totalmente desierta.

Para conservar el edificio ideó el Gobierno, en 1846, destinarlo á Casa de Refugio de veteranos inutilizados en el servicio de la marina española, en cuyo pensamiento se insistió durante tres ó cuatro años, sin llegar á realizarlo. En tanto, el histórico edificio se salvó como por milagro de las manos de los compradores de bienes nacionales, y eso que no pudo tasarse más barato, puesto que se fijó su valor en 4.950 reales. En aquella época, 1849, visitó el monasterio el entonces joven escritor y arqueólogo, y después sabio profesor, D. José Amador de los Ríos, que publicó sus impresiones en el *Semanario Pintoresco Español*, núm. 33 de dicho año. En 1851 corrió el edificio inminente riesgo de desaparecer, porque habiendo propuesto al Ministro de Comercio, Instrucción y Obras Públicas el Gobernador de Huelva, que se enajenasen los restos que quedaban del convento, accedió el Ministro á que se derribaran las paredes absolutamente inservibles, y á que se vendieran sus materiales, respetando la iglesia «que se hallaba, por fortuna, en bastante buen estado, y todas las demás partes que pudieran conservarse». El Gobernador que sucedió al anterior y que recibió la orden del derribo parcial se alzó al Ministro con fuertes razonamientos en pro de la conservación, y el santuario se salvó. Los Duques de Montpensier lo visitaron en 1854, y por su iniciativa y con su cooperación se trató de restaurar, como en efecto se hizo en 1855, realizándose una especie de repaso, afirmamiento y blanqueo, que no pudo llamarse restauración, pero que sirvió para que la ruina detuviese sus estragos. Al año siguiente fué declarado monumento nacional. En 1862 lo visitó el escritor francés M. Delavigne, quien hace ligera mención de él en su libro itinerario de un viaje por Es-

paña, afirmando, después de contemplar el abandono del convento, que «L' Espagne ne releve pas ce qui tombe», conducta que ha seguido también la Francia hasta hace treinta años. En 1868 se edificaron las habitaciones altas, sobre la entrada, y en 1875 se compraron la huerta y tierras inmediatas.

No podía la Orden de Menores de San Francisco, tan gloriosamente interesada en cuanto á La Rábida se refiere, dejar de ocuparse de la importancia de este monumento, hoy en que han vuelto á resucitar cuantas memorias tocan á la vida y hechos del gran Almirante, y á uno de los más distinguidos hijos de la familia franciscana española se debe la publicación de una curiosísima obra titulada *Colón y La Rábida*, escrita con un cariño á aquella casa digno de los que la habitaron y enaltecieron tanto. El muy reverendo P. Fr. José Coll, definidor general de la Orden, autor de numerosas obras y persona tan entendida como modesta, ha recogido en ese libro cuantas noticias y datos pueden ilustrar la historia del convento, después de haberlo visitado varias veces, resultando ser su meritorio trabajo un verdadero álbum de curiosidades, relativas al mismo y á la cooperación que sus hermanos en religión prestaron, no sólo al descubridor de América, sino á los conquistadores, en los primeros tiempos de nuestro establecimiento en aquel mundo. Además de estos estudios, el P. Coll ha publicado otros titulados *El huerto de La Rábida* y *La palmera solitaria*, referentes al mismo asunto en la *Revista* de los Padres Franciscanos, en *La Controversia* y en otros periódicos.

Al aproximarse el cuarto Centenario del descubrimiento de la América, la nación puso sus ojos en La Rábida, único testigo positivo que queda en pie de la presencia y hechos de Cristóbal Colón. Era preciso volver á aquel monumento, atendiendo á su perpetua conservación, restaurándolo y dándole para en adelante calor de vida. La restauración se encomendó, con muy buen acuerdo, al reputado arquitecto y muy entendido profesor de la Escuela de Arquitectura, D. Ricardo Velázquez, que á juzgar por sus inspirados y concienzudos proyectos, ha de hacerla á maravilla. Parece que la construcción quedará en totalidad arreglada al estilo del siglo XV, como debió estarlo poco antes de la llegada de Colón, y tal cual la

habían terminado los artistas mudéjares, conservando así el verdadero carácter que debe ostentar. Será preciso para ello, no sólo reponer mucho de lo que el tiempo ha destruído, sino demoler todo lo que el mal gusto y la ignorancia han añadido á las antiguas construcciones, que no es poco. Dícese que en los primeros trabajos de reconocimiento se han encontrado algunos frescos que adornaron los muros del claustro mudéjar y las paredes de algunas dependencias; y es de creer que al continuarlos se descubran y aparezcan otros curiosos detalles, que el talento práctico del Sr. Velázquez aprovechará para identificar más y más su tarea restauradora con la de los viejos alarifes que allí trabajaron. Nunca La Rábida, por su esencial y primitiva traza y disposición, podrá ofrecer el aspecto de un monumento artístico, ya que en resumen siempre fué una ermita con una modesta vivienda al lado, pero al adquirir de nuevo las formas, más ó menos semejantes, á las que tuvo hace cuatro siglos, hablará con más elocuencia y verdad, inspirará más y nos pondrá más en contacto con aquellos tiempos, que con el pobre y remendado conjunto que hoy ofrece. En sus alrededores la flora meridional, que tan bien se da en aquellos lugares, podrá añadir positivos encantos naturales al histórico monasterio. Proyéctase abrir hermosos jardines en la meseta; plantar el huerto que se extiende por la ladera, instalar un muelle de hierro al pie de la colina, para facilitar el acceso de los que vayan de Huelva á visitar el convento, que son los más; construir una hermosa carretera desde la explanada alta á Palos y á Moguer, y levantar, en fin, un gran monumento conmemorativo en honor del descubrimiento y del descubridor, que, asentado en aquella altura, se divise desde el Océano, desde el mar y desde la tierra á largas distancias. Muy arrogante y ajustado al nobilísimo objeto á que se destina resultará, á juzgar por el proyecto que ha trazado el Sr. Velázquez. Toda esta nueva parte decorativa constituye el tributo moderno que la nación añade al monumento viejo, para que la memoria de la visita de Colón y los trascendentales hechos que allí acaecieron, queden solemnizados con el respeto debido al vetusto y memorable edificio que los presenció y con las galas que nuestro siglo pone en torno suyo. Para dar calor de vida á La Rábida restaurada pro-

cede entregarla de nuevo á la Orden de Menores de San Francisco. Así se restablecerá por completo su verdadero carácter. Si los frailes son como deben ser, sostenedores de la paz pública y amantes del progreso y prosperidad de su patria, bien están en medio de nosotros, ayudando á los pobres. Siempre habrá en las provincias de Huelva, Cádiz y Sevilla dos docenas de huérfanos, hijos de pobres marinos, á los cuales vendría admirablemente la caridad de que les recogieran y enseñaran cuanto un joven puede y debe saber antes de emprender un oficio; y tal vez de los jóvenes allí educados por los franciscanos saldrían escolares distinguidos aspirantes á hombres de provecho, cuyas aptitudes se hubieran perdido de otro modo en medio de los azares del abandono y de la miseria. Así sería La Rábida al mismo tiempo que un monumento glorioso, una institución útil.

Al pie de La Rábida se alza fea y pintoresca á un tiempo, la torre de La Arenilla. Si el convento y sus alrededores se embellecen y todo se restaura, pero se deja La Arenilla conforme está, con el puesto de pobres carabineros convertido en un miserable aduar de moros, en el que las familias viven en lastimoso abandono, ruéguese entonces á los visitantes del monumento que no pasen el Estero de los Frailes ó de Domingo Rubio, que no vayan á la Torre, porque se formarán horrible idea de la administración y del Gobierno español, al ver á sus servidores armados y á sus pobres familias en tan ruines viviendas y en tan lamentable atraso. A todo hay que atender cuando el mundo acude á visitarnos, porque el más ínfimo detalle abandonado, si resulta detestable, como éste, basta para que dé fundado motivo á la crítica para afear todo lo demás por hermoso y por monumental que sea. Y cuenta que el mejoramiento del puesto de carabineros de La Arenilla es antes que todo una gran obra de caridad.

Añada así nuestra nación á la obra meritísima de la consagración de una de las glorias más grandes de su pasado, la de la práctica constante y progresiva del bien en todas partes, y los pobres acogidos en La Rábida y todos los que con motivo de la restauración hallen inmediato alivio á sus necesidades, bendecirán la feliz gestión de nuestro tiempo. El monasterio, el mo-

numento, el asilo, las galas y reformas progresivas de aquel famoso rincón del mundo, mantendrán allí vivo el recuerdo del gran navegante, que, verdadero Cristóbal, atravesó los mares llevando sobre sus hombros, con la doctrina redentora de Cristo, al Cristo mismo, según admirablemente lo dejó dicho en su honor el caballero Giambattista Marino, de esta manera:

«Portò di là dal rio
Il devoto Gigante,
Quasi supposto al Ciel celeste Atlante,
Sovra le spalle il gran figlioul di Dio;
Ma ceda á me, poich'io
Sù 'l legno ardito mio
Christo portai, Christofaro secondo
Di là dal mare, anzi di là dal mondo.»

Aquellos alrededores de Huelva están llamados á tener un gran desarrollo, cuando arraigue en nuestra sociedad la costumbre, ya casi antigua en otros pueblos, de pasar la mala estación de invierno en las playas meriodinales, tan suaves y tan beneficiosas para la salud. Huelva disfruta de un clima y de un temple excepcional: es toda una estación de invierno. Así lo han comprendido los extranjeros que explotan las minas al establecer sus *sanatoriums* en las playas de Punta Umbría, y así lo entendió el ilustre promovedor de las grandes mejoras de aquella ciudad y de las vías férreas que la sirven, D. Guillermo Sundhein, hijo adoptivo de Huelva, al idear la construcción del grandioso Hotel Colón, que es sin disputa uno de los primeros de Europa. Cuando hayamos progresado lo necesario, y los extranjeros y los nacionales vengan á invernar á Alicante, á Málaga, á las orillas del Guadalquivir y á Huelva, en esta última estación será La Rábida un centro de atracción por todos visitado.

No sólo tiene La Rábida ese carácter histórico que la hace famosa, sino que inconscientemente su nombre está unido á una revolución inmensa en la vieja y tradicional política española. De esta significación, jamás indicada hasta ahora, me ocuparé en breves palabras, para terminar. Las luchas de la Reconquista al abatir en Granada el último baluarte de los árabes, debían proseguir pasando el Estrecho, para asegurar á perpetuidad la paz, con la posesión de toda la comarca vecina del norte

de Africa. Tal fué el deseo que la Reina Católica dejó entrever en su testamento y á tales tradiciones, á tal dirección de la política española obedecieron las expediciones guerreras del Cardenal Cisneros y otras. Indudablemente, si la nación no hubiera tenido otro objetivo, aquellas fuerzas aguerridas que pelearon en Málaga, en Baza y en Granada, hubieran irremisiblemente pasado el Estrecho, y tarde ó temprano en el siglo XVI hubiera continuado en el norte africano el impulso conquistador, que se inició seis siglos antes en Covadonga y que no se detuvo ni por un solo día durante éstos. Pero la dirección de la energía y de la actividad de nuestro pueblo cambió de rumbo súbitamente, como si á aquella impetuosa corriente se le hubiera puesto un dique en su camino y hubieran tenido las aguas que buscar otro cauce. Ese dique histórico providencial, bien puede decirse que fué La Rábida. En La Rábida recibió amparo Colón y allí se decidió dos veces á no abandonar á España y á ofrecer á los Reyes Católicos los proyectos de su grandioso genio. Sin La Rábida la América no se hubiera descubierto, y sin el descubrimiento de la América no se hubieran cambiado la dirección y el curso de la política guerrera de España. La atención de los españoles y de su gobierno al fijarse en la conquista de los nuevos países descubiertos se apartó de la conquista del Africa, y desde entonces, así como llevamos la civilización á un gran mundo nuevo, nos quedamos con la barbarie delante de nuestras puertas, á un paso de Cádiz, barbarie que después de cuatro siglos aun sigue tan próxima como antes. Es indudable que La Rábida representa en la historia de España un altísimo jalón á partir del cual, fuera de la Patria, los destinos de ésta cambiaron por completo. Conquistamos la América, pero nos olvidamos del Africa. ¿Por qué no hemos de recoger la tradición abandonada en el siglo XVI?

Todas las naciones poderosas de Europa se disputan el próximo despojo de Marruecos, que sin la obsesión que produjo en el ánimo nacional el dominio de América, debiera ser nuestro en todo su litoral hace tres siglos. Desde La Rábida se señaló á España el camino del mundo americano, cuya dominación perdimos casi en totalidad. No podemos ni debemos pensar en recobrarla; pero cuando la Europa ambiciosa que se ha

repartido el Africa aspira á la posesión de Marruecos, tal vez sin contar con nosotros, desde La Rábida también, hacia el Mediodía, se vislumbran los horizontes hacia los cuales tendió su mano, en señal de avance, la Reina Católica, y allí se siente la necesidad de que, como podamos, continuemos en justicia y para honra de nuestro nombre la tradición que ayer quedó interrumpida. A los gloriosos recuerdos que La Rábida evoca he querido añadir esta consideración histórica, para que conste que no sólo vivimos de las memorias del pasado, sino que tenemos el deber de no achicarnos ante el porvenir, procurando que las tradiciones honrosas que los grandes hombres y los monumentos perpetúan en nuestros corazones, nos den alientos y sirvan para que, después de trabajar por la paz y el engrandecimiento de nuestro pueblo, nos animemos á tomar parte en las grandes empresas que aumenten el poderío, á que tenemos perfecto derecho, y dejemos á nuestros hijos con la realización de ellas, la prueba elocuente de que hemos sido dignos herederos de los que conquistaron á Granada y protegieron á Colón, haciendo grande á España en uno y otro mundo. Nada más.



